

poco, cuando la oscuridad pareció salir lentamente de la tierra y subir dulcemente hasta los techos de las casas, el campanario de la iglesia, el extremo de las chimeneas de las fábricas, y, en fin, hasta el cielo.

La señora Sparsit permaneció sentada en la ventana sin pedir luz, con las manos sobre las rodillas, no pensando ya en los mil ruidos de la tarde, en los gritos de los pilluelos, en los ladridos de los perros, en el ruido de los carruajes, en los gritos penetrantes de los vendedores de las calles, ni en el trac trac de las abarcas de los obreros que salían de su trabajo. Hasta que el criado anunció que la cena estaba servida, la señora Sparsit no salió de su enajenación mental, ni transportó al piso superior sus negras cejas, plegadas por una meditación profunda, que las había erizado lo suficiente para tener necesidad de algún descanso.

—¡Qué imbécil es!—dijo la señora Sparsit a sentarse á la mesa.

No dijo á quién se dirigían aquellas palabras; pero evidentemente no eran á la cena.

CAPÍTULO XVIII.

Mr. James Harthons.

El partido á que pertenecía Gradgrind tenía necesidad de reforzarse con nuevos adeptos que le ayudasen á cortar la cabeza á los Gracos. Buscaban por todas partes neófitos: ¿y dónde podían hallarlos mejores que entre esos hombres que, á fuerza de estar desengañados de todo, se hallan dispuestos á cualquier cosa?

Además, estas disposiciones saludables de espíritu, que elevan á un hombre hasta las sublimes alturas de la indiferencia, no carecían de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela de Gradgrind.

Admiraban á aquellos hombres, y aunque procuraban disimularlo, los imitaban en cuanto podían. Jamás se vió en el mundo una raza híbrida tan sorprendente como la de que tratamos.

Entre aquellos hombres, que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se encontraba uno de aquella familia, de mejor presencia y de excelentes disposiciones, que había

producido grande efecto en la Cámara de los Comunes al explicar, según su punto de vista y según el del consejo de administración, cierto accidente de caminos de hierro, en el que los empleados más celosos que jamás se hayan visto, pagados por los directores más generosos posible, ayudados por los mejores procedimientos mecánicos que jamás se hayan inventado, y disponiendo de la línea mejor construída que se haya trazado, mataron á cinco viajeros é hirieron treinta y dos á causa de una eventualidad, sin la cual la excelencia del sistema adoptado hubiera sido sin duda incompleta. Entre las víctimas se encontraba una vaca, y entre los objetos perdidos, que nadie había reclamado, un sombrero negro de señora.

Y el honorable miembro había divertido tanto á la Cámara—que tiene un sentimiento tan simpático para el chiste y el buen humor—al colocar este sombrero sobre la cabeza de la vaca, que la asamblea no quiso oír hablar del sumario que se había pedido, y se apresuró á absolver á los administradores en medio de bravos y carcajadas.

Este caballero tenía un hermano joven, de presencia aún más recomendable, y que había empezado su aprendizaje de la vida como corneta de un regimiento de dragones. Pero le desagradó este oficio, y á fin de sustituirlo por otro,

partió para el extranjero, formando parte del séquito de un embajador de Su Majestad Británica, posición social de la que también se cansó. Más tarde viajó por Jerusalén, lo cual no le pareció mucho más divertido, y, en fin, dió la vuelta al mundo en su yacht, sin encontrar nada que no fuese muy á propósito para aburrirle. Á este hombre agobiado, dijo un día en tono fraternal el honorable miembro de la Cámara de los Comunes:

—Jaime, hay un medio de abrirse camino entre nuestros hombres de estado positivistas; necesitan neófitos. ¿Por qué no haces algunos ensayos en la estadística?

Jaime, sensible á la novedad de esta vocación, que al menos le prometía alguna variedad, no sintió más repugnancia por la estadística que por cualquiera otra cosa. Ensayó, pues. Se preparó con la lectura de algunos libros *ad hoc*, y su hermano fué á decir á los hombres de Estado positivistas:

—Si necesitáis para alguna ciudad de un lindo joven que pueda pronunciar discursos un tanto buenos, no tenéis más que echar mano de mi hermano Jaime.

Después de diversos ensayos oratorios en algunos *meetings* públicos, fué acogido Jaime por Mr. Gradgrind y por un consejo de profetas políticos, que resolvieron enviarle á Cokeville, á fin

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de que se diese á conocer en la ciudad y sus alrededores, antes de la próxima elección.

He aquí explicada la razón de la carta que el día anterior había enseñado Jaime á la señora Sparsit, y qué Mr. Bounderby tenía en la mano en este momento.

Después de haber recibido la carta, Mr. Bounderby se puso el sombrero, y fué á la fonda en que paraba Jaime.

—Caballero (le dijo), me llamo Josué Bounderby, de Cokeville.

Jaime se alegró mucho, aunque no lo parecía, de un encuentro que tanto había deseado.

—Caballero (dijo Bounderby, tomando con toda llaneza una silla); Cokeville no se parece á las demás ciudades que haya V. visto. Así, pues, si V. quiere, ó si no quiere, porque yo soy un hombre muy llano, voy á darle algunos detalles antes de que vayamos más lejos.

Jaime aseguró que tendría mucho gusto en oírlos.

—No se precipite V. (dijo Bounderby; yo no he prometido distraerle). Ya habrá V. visto nuestro humo. Eso es lo que nos hace vivir. Es lo más sano que hay en el mundo bajo todos conceptos, y sobre todos los pulmones. Si V. es de los que quieren obligarnos á disminuir el humo, no nos entenderemos nunca.

Á fin de dar á su *ensayo* todas las proba-

bilidades posibles de éxito, contestó Jaime:

—Señor Bounderby; aseguro á V. que comparto completamente sus opiniones, y esto por pura convicción.

—Tanto mejor. Probablemente le habrán hablado á V. mucho del trabajo de nuestros manufactureros. Pues bien: voy á decirle lo que hay sobre el particular. Es el trabajo más agradable y más fácil que existe, y no hay obreros más bien pagados que los nuestros. Aún hay más: nos sería imposible poner más comfortable el interior de las fábricas, á menos de cubrirlas con tapices de Persia, lo que no debemos hacer de modo alguno.

—Y tienen Vds. mucha razón.

—En fin, es preciso que sepa V. á qué atenerse respecto á nuestros menestrales. Todos los braceros de esta ciudad, hombres, mujeres y niños, sin excepción, no tienen más que un objeto. Quieren que se los alimente con sopa de tortuga, y comer con cubiertos de oro. No estamos dispuestos á satisfacer ese antojo. Ya conoce V. á Cokeville.

Jaime declaró que este resumen sucinto de la situación cokevillana le había instruído é interesado cuanto pudiera desear.

—Ya ve V. (continuó Bounderby). Cuando conozco á un hombre, sobre todo á un hombre político, empiezo por entenderme con él, sin an-

darme con rodeos. Sólo tengo una palabra que decir para asegurar á V. el placer que tendré, en el límite de mis pobres medios, en honrar la carta de introducción de mi amigo Tomás Gradgrind. V. es un hijo de familia. No vaya V. á imaginarse un solo instante que yo soy otro hijo de familia. Soy poco menos que un expósito, poco menos que un hijo de la casualidad.

Si algo hubiera podido aumentar el interés que Bounderby inspiraba á Jaime, hubiera bastado esta última circunstancia para producir tal efecto, ó al menos no dejó de asegurarlo así.

—Después de esto (prosiguió Bounderby), podemos estrecharnos las manos bajo un pié perfecto de igualdad. Digo de *igualdad*, porque aunque sé mejor que nadie lo que soy, y que he salido del lodo más inmundo, soy, por lo menos, tan orgulloso como V. ¿Qué tal vamos de salud?

Jaime, estrechando la mano del banquero, dijo que se sentía perfectamente, merced á la atmósfera saludable de Cokeville. Mr. Bounderby acogió muy favorablemente esta respuesta.

—Quizás sabrá V., ó quizás no sepa, que me he casado con una hija de Tomás Gradgrind. Si no tiene V. dificultad en acompañarme al otro extremo de la población, tendría mucho placer en presentarle á mi esposa.

—Mr. Bounderby, acaba V. de anticiparse á mi más ardiente deseo.

Con esto terminó la conversación, y salieron.

Bounderby condujo á su amigo, que formaba con él tan maravilloso contraste, á la casa de ladrillos rojos, con ventanas negras y persianas verdes.

En el salón de esta casa apareció muy luego la muchacha más guapa que Jaime había visto en toda su vida.

Parecía tan cortada, y por lo mismo tan poco cuidadosa de sí misma; tan fría, tan orgullosa, y sin embargo tan sensible, tan avergonzada de la humildad fanfarrona de su marido, de la cual cada ejemplo la hacía estremecer como si hubiese recibido un golpe en el pecho, que Jaime, al verla, experimentó una sensación completamente nueva.

El semblante de Luísa no era menos notable que sus maneras; pero el juego natural de su fisonomía era tan reservado, que no se podía adivinar su verdadera expresión.

De todo punto indiferente y segura de sí misma, nunca violenta, pero nunca satisfecha, se encontraba en persona cerca de ellos, pero muy lejos con el pensamiento.

Jaime comprendió que sería imposible en un tiempo dado llegar á conocer íntimamente á aquella joven: tanto burlaba toda su perspicacia.

—Esta es mi mujer, caballero; Luísa, te presento á Mr. Jaime Harthouse. Este caballero se

ha afiliado en la bandera de tu padre. Si dentro de poco no es colega de Tomás Gradgrind, al menos le recomendaremos á los electores de algún partido inmediato. Ya ve V., caballero, que mi mujer es más joven que yo. No sé qué habrá encontrado en mí para casarse conmigo; pero necesariamente habrá encontrado algo: de otro modo, supongo que no sería mi mujer. Tiene un caudal de conocimientos preciosos, políticos y financieros. Si en menos de nada quiere V. prepararse para hacer un discurso sobre un asunto cualquiera, no podré recomendarle mejor maestro que Luísa Bounderby.

—No podría V. recomendarme mejor maestro, ni las lecciones de ningún otro podrán serme más gratas.

—Vamos, si empieza V. con cumplimientos (dijo Mr. Bounderby), nadie en esta casa podrá aventajarle. Yo ignoro el arte de la galantería. Seamos francos: desprecio las fórmulas sociales. Pero V. no ha sido educado como yo. V. es un gentleman, y yo no pretendo serlo. Soy Josué Bounderby, liso y llano, y me basta. Sin embargo, si resisto á las maneras distinguidas que dan el nacimiento y la educación, puede que le agraden á Luísa. No ha tenido las mismas ventajas que yo, las mismas desventajas, si V. quiere; de manera que no perderá V. el tiempo.

—Mr. Bounderby (dijo Jaime, volviéndose

hacia Luísa y sonriendo) es, á lo que veo, un noble animal, que se encuentra casi en el estado salvaje, y libre de todos esos arneses de convención que debe llevar un desgraciado caballo como yo.

Viéndose Bounderby calificado de aquel modo por un hombre que conocía el mundo, se preguntó:

—¿Cómo deberé tomar esto?

—¿Va V. á consagrarse al servicio de su país? (exclamó Luísa, que permanecía de pie en el mismo sitio en que se había detenido.) ¿Ha resuelto V. ofrecer al país medios de orillar todas sus dificultades?

—No, señora (replicó Jaime sonriendo); palabra de honor que no; no tengo pretensiones de ese género. Conozco algo el mundo, porque lo he corrido en todas direcciones, y he descubierto que no vale gran cosa. No hay nadie que no esté convencido de esto; solamente los unos lo confiesan, los otros no; vengo únicamente á secundar las opiniones de su padre de V., porque para mí todas ellas son iguales, y tanto merecen defensa las unas como las otras.

—¿No tiene V. ninguna opinión?—preguntó Luísa.

—Ni siquiera conservo sombra de ninguna preferencia. Aseguro á V. que no doy importancia á ninguna idea. Las mil maneras con que me

he aburrido en este mundo, han tenido por resultado convencerme de que una serie determinada de ideas puede hacer tanto bien, ó tanto mal, como cualquiera otra. Conozco una encantadora familia inglesa, la de lord Russell, que tiene una divisa italiana. *Lo que será, será*. Es la única verdad que reconozco en los tiempos que corren.

Observó que aquella abominable pretensión á la franqueza que rechazaba la probidad, vicio tan peligroso, tan fatal y tan común, parecía producir en Luísa una impresión que no le era desagradable. Continuó, pues, hablando con tono vario, á fin de no perder la ventaja, y que ella pudiese tomar sus palabras en sentido más serio ó menos serio, según le pareciese más conveniente.

—El partido que puede probarlo todo con una línea de unidades, de decenas, centenas, etc., me parece la broma mejor del mundo y la más digna de alcanzar éxito. Estoy dispuesto á ensayarme con tanto ardor como si creyese en esos principios. ¿Qué más podría hacer si en efecto creyese en ellos?

—Es V. un hombre de estado singular.

—Dispense V.; no tengo ni aun ese mérito insignificante. Las personas de mi opinión, es decir, las personas que no tienen ninguna, componen, no lo dude V., la mayoría de nuestros hombres de estado.

Mr. Bounderby, que estaba ya tan formal con su silencio obligado, que más de una vez estuvo á punto de estallar, interrumpió la conversación, proponiendo aplazar la comida para las seis y media, y aprovechar el intervalo para que Mr. Jaime Harthouse hiciese una visita electoral á todas las notabilidades electoras é interesantes de Cokeville intra y extramuros. Se dió el paseo electoral, y Mr. Jaime Harthouse, gracias á las vulgaridades financieras que había aprendido en libros más vulgares todavía, salió airoso de aquella prueba, aunque más fastidiado que nunca.

Por la tarde halló la mesa servida para cuatro convidados; pero uno de los asientos quedó sin ocupar.

Mr. Bounderby entretuvo á su huésped durante la sopa y el pescado, con un cálculo que demostraba que él había consumido en su juventud lo menos tres caballos en forma de salchichones.

Este detalle, unido á otros mil de la misma especie, que Jaime escuchó con aire fatigado, intercalando de vez en cuando algunos monosílabos, le hubieran decidido sin duda á partir á la mañana siguiente, aunque hubiese sido en dirección á la Tierra Santa, si Luísa no hubiese excitado su curiosidad.

—¡Cómo! ¿Es posible que no haya nada que pueda alterar esa fisonomía?—se preguntó Jai-

me, mirando á Luisa, en tanto que se sentaba en el sitio de preferencia, donde su cuerpo pequeño, pero gracioso, parecía tan lindo como fuera de su lugar.

Sí, ¡vive Júpiter! Hay algo con el poder de alterar aquel rostro, y ese algo ya está en el comedor. Apareció Tomás. Luisa cambió completamente cuando se abrió la puerta, y en su boca se dibujó una sonrisa.

Una sonrisa encantadora. Quizás Mr. Jaime no la hubiera admirado tanto, si no hiciese tanto tiempo que se estaba admirando de la impasibilidad de aquella fisonomía.

Luisa adelantó la mano, una mano muy linda y delicada, y la cruzó con la de Tomás, que estrechó fuertemente, como si hubiera querido llevarla á sus labios.

—¡Hola! ¡hola! (pensó Jaime). Este chicuelo es el único por quien se interesa. Bueno es saberlo.

Presentaron el chicuelo á Mr. Jaime Harthouse.

—Cuando yo tenía su edad de V., señor Tomás (dijo Boucherby), ó llegaba á la hora precisa, ó me quedaba sin comer.

—Cuando V. tenía mi edad (respondió Tomás), no encontraba V. en sus libros una equivocación que fuera necesario rectificar, y no tenía V. que ir en seguida al tocador á vestirse.

—Está bien; eso basta,—dijo Boucherby.

—Entonces, no empiece V. por reñirme,—murmuró Tomás.

—Señora Boucherby (dijo Harthouse, que oía perfectamente aquella conversación mantenida á media voz); la fisonomía de este joven me es completamente familiar; me parece haberlo visto en el extranjero, ó quizás en alguna escuela pública.

—No (respondió Luisa con mucho interés); no ha viajado aún; ha sido educado en casa. Tomás: decía á este caballero, que no es posible que te haya visto fuera de Inglaterra.

—En efecto, no he tenido la fortuna de viajar.

No había, sin embargo, en el joven, cosa alguna que pudiese motivar la satisfacción de su hermana, porque era un muchacho bastante brusco, y ni siquiera se mostraba complaciente con ella. Preciso era que la soledad de su corazón estuviese muy vacía, para sentirse tan dispuesta á entregarlo al primero que llegase.

—He aquí por qué este chicuelo es el único ser por quien ella se ha interesado (pensó mister Jaime Harthouse, adivinando el misterio en su imaginación). Este es todo el secreto: le veo tan claro como la luz del día.

Ni en presencia de su hermana, ni cuando ésta abandonó el salón, procuró Tomás de ninguna manera ocultar el desprecio que le inspi-

raba Mr. Bounderby; antes al contrario, lo manifestaba siempre que podía no llamar la atención de este personaje independiente, ya haciéndole mohines, ya guiñando los ojos.

Sin contestar á estas comunicaciones telegráficas, Mr. Harthouse se sintió animado por Tomás en aquella noche, y hasta le distinguía en su amistad!

En fin, cuando se levantó para irse á la fonda, manifestó el temor de no acertar con el camino de noche, y ofreciéndose Tomás á servirle de guía, salieron juntos de aquella casa.

CAPÍTULO XIX.

El papagayo.

¿No parece muy extraño que un joven, educado bajo un sistema exagerado de rigor, hubiera llegado á hacerse un hipócrita? Pues esto precisamente le había sucedido á Tomás. ¿No parece también extraño que un joven, al que nunca se le habían dejado cinco minutos de que disponer, se hubiese hecho incapaz de gobernarse? Pues esto también le había sucedido á Tomás. ¿No es incomprensible que un joven cuya imaginación había sido sofocada en la cuna, estuviese aún perseguido por el fantasma de aquella imaginación difunta bajo la forma de una grosera sensualidad? Pues bien; tal era, sin embargo, la historia monstruosa del joven Tomás Gradgrind.

—¿V. fuma?—le preguntó Jaime cuando llegaron á la puerta de la fonda.

—Un poco,—respondió Tomás.

Mr. Harthouse se creyó obligado á instar á Tomás para que subiese. Gracias á un vaso de refresco, gracias también á un habano menos

vulgar que los que él podía procurarse, Tomás se recostó muellemente en un rincón del canapé, más dispuesto que nunca á admirar á su nuevo amigo, que se había instalado en el otro rincón.

Al cabo de algún tiempo, Tomás desvaneció el humo de que estaba rodeado, y examinó á su huésped con mucha atención.

—No tiene trazas de ocuparse mucho en la *toilette* (pensó Tomás), y sin embargo viste con mucha elegancia. ¡Qué bien lleva la ropa!

Habiéndose encontrado por casualidad las miradas de Tomás y de Jaime, el futuro miembro del Parlamento observó que su joven amigo no bebía, y con mano negligente le llenó el vaso.

—Gracias (dijo Tomás), gracias. Pues bien, caballero Harthouse; creo que no le ha caído á V. muy en gracia el viejo Bounderby.

Tomás pronunció estas palabras guiñando un ojo, y mirando á su huésped con aire malicioso al través del vaso que tenía en la mano.

—¿Y por qué no? (preguntó Harthouse.) Me parece un excelente sujeto.

—¿De veras lo cree V. así?—dijo Tomás guiñando el otro ojo.

Jaime Harthouse sonrió, dejó el canapé, y se apoyó en la chimenea, volviendo la espalda al hogar que estaba vacío, y se puso á fumar frente á frente á Tomás, á quien dominaba.

—¡Buen cuñado hace V.!—dijo.

—¡Y tan bueno! (contestó guiñando un ojo); pero me aventaja el viejo Bounderby.

—V. le lleva la ventaja, Tomás,—respondió Jaime.

Era tan agradable verse amigo íntimo de un personaje, oirse llamar por el nombre de pila de una manera tan franca, que Tomás estaba orgulloso de sí mismo.

—Si quiere V. decir que me burlo del viejo Bounderby, lo confesaré francamente. Siempre le he llamado el viejo Bounderby, y siempre le he mirado como á un anciano bonachón. Y ya es tarde para cambiar de conducta.

—Bien; pero cuando su mujer está delante, es preciso contenerse.

—¿Su mujer? ¿Mi hermana Luísa? ¡Pues no faltaba otra cosa!

Tomás prorumpió en una carcajada, tomando un trago de la bebida refrescante. Jaime Harthouse siguió fumando su cigarro, sin abandonar el sitio ni la actitud que había tomado, con su indiferencia de costumbre, contemplando á Tomás con el aire satisfecho de un demonio que está seguro que no será inútil su tentación, y sabe que con sólo rodear á su víctima tiene bastante para hacerle consentir en abandonar el alma en el momento oportuno. Y verdaderamente se hubiera dicho que Tomás cedía á una in-

fluencia de esta especie. Empezó por mirar al descuido á su compañero, después le miró con admiración, y acabó por extender una pierna sobre el canapé, mirándole frente á frente, y con atrevimiento.

—Mi hermana Luísa (dijo) no amaba al viejo Bounderby cuando se casó con él.

—Está V. hablando de tiempos que han pasado (replicó Jaime, haciendo caer con el dedo meñique la ceniza del cigarro); pero estamos en tiempos presentes.

—No amar, verbo activo, modo indicativo, tiempo presente. Primera persona, singular, yo no amo; segunda persona, singular, tú no amas; tercera persona, singular, ella no ama,—contestó Tomás.

—Muy bien, muy bien; pero de seguro no ha pensado V. lo que acaba de decir.

—Á fe mía, que sí lo he pensado; palabra de honor. No se atreverá V. á sostener que mi hermana Luísa ama al viejo Bounderby.

—¿Y por qué, amigo mío, no he de sostenerlo, si los veo casados, que viven unidos, y, al parecer, en buena armonía?

Tomás tenía ya las dos piernas sobre el canapé. Si Mr. Jaime hubiera pronunciado una sola palabra cariñosa, se habría tendido cuán largo era. Conociendo que debía agradecer de cualquier modo la distinción que le dispensaba Jai-

me llamándole su amigo, reclinó la cabeza sobre el brazo del sofá, después de haberla inclinado con galantería, y se puso á fumar con grande afectación de hombre gastado. Después volvió su rostro vulgar, y sus ojos un tanto turbados por el vino hacia el hombre que le dominaba de una manera tan descuidada, y no obstante tan irresistible.

—V. conoce á mi padre, señor Harthouse (dijo Tomás), y, por consecuencia, no debe sorprenderse de que Luísa se haya casado con el viejo Bounderby. Mi hermana nunca ha tenido amantes; mi padre le propuso á ese para marido, y lo aceptó.

—Lo cual fué una prueba de obediencia por parte de Luísa.

—Sí; pero mi amable hermana no hubiera sido tan obediente, y no se hubiera arreglado el asunto con tanta facilidad, á no haber estado yo allí.

El demonio tentador no hizo más que levantar las cejas; pero esto bastó para hacer hablar á aquel papagayo.

—Yo fui quien la decidió (continuó diciendo con aire edificante). Me sepultaron en la casa de banca del viejo Bounderby, adonde no tenía ningún deseo de ir, y estaba persuadido de que me esperaban muy malos ratos, si Luísa no cedía á todos los caprichos del viejo Bounderby;

de suerte que manifesté mi deseo, y Luísa se apresuró á complacerme. Nada hay en el mundo que no sea capaz de hacer por mí. Fué un bello rasgo, ¿no es verdad?

—Encantador, á fe mía.

—Y no era ciertamente que el negocio tuviese para ella la misma importancia que para mí (prosiguió tranquilamente Tomás); porque yo jugaba mi independencia, mi bienestar, acaso todo mi porvenir; pero ella no tenía otro amante, y tanto valía estar en prisión como permanecer en casa, sobre todo cuando yo no estaba en ella. No es lo mismo que si hubiese dejado otro amante para casarse con el viejo Bounderby. Pero, en fin, de todos modos, fué una gran complacencia de su parte.

—No cabe más amabilidad. ¿Y lleva su suerte con resignación?

—¡Oh! (respondió Tomás con tono de desdenosa protección): es una muchacha muy apreciable, y una muchacha siempre sale bien de las situaciones más difíciles. Se ha acostumbrado á aquel género de vida, y nada le importa un ardite. Además, Luísa no es una muchacha vulgar. Puede encerrarse en sí misma y meditar; muchas veces la he visto al amor de la lumbre, sin mover los ojos por espacio de una hora.

—¡Hola! ¡hola! Tiene recursos en sí misma,—dijo Harthouse, fumando tranquilamente.

—No tantos como V. cree, porque nuestro ayo le ha metido en el cerebro unas teorías tan secas como la yesca. Tal era su método.

—¿Y formó á Luísa á imagen y semejanza suya?

—Y á todos mis hermanos. Yo también estoy formado de la misma manera.

—No es posible.

—Sí tal. Puedo asegurar á V. que el día que dejé mi casa para ir á la del viejo Bounderby, era un verdadero bobalicón, sin la menor idea de la vida.

—¡Bah! Yo no puedo creer eso. V. se burla.

—Juro que no, por lo más sagrado (respondió el papagayo). Hablo formalmente.

Continuó fumando con aire tan grave como digno durante varios minutos; después añadió en tono satisfecho:

—¡Oh! Después he adquirido algunos conocimientos, no lo negaré; pero esta ciencia me la debo á mí mismo; nada tengo que agradecer á mi preceptor.

—¿Y la inteligente Luísa?

—Mi inteligente hermana no ha adelantado un sólo paso. En otros tiempos se quejaba conmigo de no tener ninguna ocupación de esas que distraen á las mujeres, y creo que ahora, sobre poco más ó menos, le sucede lo propio; pero le es indiferente (añadió con malicia y lan-

zando bocanadas de humo). Las muchachas nunca escapan mal.

—Al ir ayer á la casa de banca de Mr. Boun-
derby, vi á una señora anciana, que parece
admirar mucho á su hermana de V.,—dijo Har-
thouse tirando la punta del cigarro.

—¿La señora Sparsit? ¡Cómo! ¿Ya la ha vis-
to V.?

Su amigo hizo una señal afirmativa con la
cabeza. Tomás se quitó el cigarro de la boca, á
fin de guiñar el ojo, que ya se iba resistiendo á
dejarse gobernar.

—El sentimiento que la señora Sparsit profe-
sa á Luísa, es más que adoración, es *afecto*, es
fanatismo. La señora Sparsit nada ha tenido que
ver con el viejo Boun-derby cuando era soltero.
¡Oh, nada!

Estas fueron las últimas palabras que pro-
nunció el papagayo antes de que una torpeza
vertiginosa, seguida de un olvido completo, se
apoderase de sus sentidos. Salió de este estado
de soñolencia para caer en un sueño agitado,
del que le despertó una voz que le decía :

—¡Eh! que ya es muy tarde. ¡Vamos!

—¡Vamos! (contestó dejando el canapé y en-
derezándose lo mejor que pudo.) ¿Conque es
preciso separarnos?... ¡Qué lástima!... Tiene
V. tan buen tabaco.... pero muy flojo.

—Sí, muy flojo.

—Extremadamente flojo (repitió Tomás). ¿En
dónde está la puerta?... ¡Buenas noches!

Tomás tuvo entonces otro sueño extraño, en
que se sentía conducido por un criado de la fon-
da al través de una niebla, la cual se disipó por
grados.

Entonces se dirigió á su domicilio sin dar
muchas camballadas, si bien se sentía aún bajo
la influencia del vino, y fascinado como lo esta-
ba en la presencia de Harthouse, ni más ni me-
nos que si se le hubiera aparecido con su mira-
da penetrante, aunque indiferente.

El papagayo entró en su casa y se acostó. Si
hubiese tenido conciencia de lo que acababa de
hacer; si hubiese sido un poco menos charlatán
y un poco más *hermano*, hubiera podido dete-
nerse, volver la espalda á su casa, dirigirse al
río cenagoso teñido en negro, y acostarse bue-
namente, cuidando de taparse bien la cabeza
con aquel agua fangosa y corrompida.